

XI Jornadas de Sociología de la UNLP
Sociología de las emergencias en un mundo incierto
5, 6 y 7 de diciembre de 2022

Angelina Sofía Rabuffetti
Programa Delito y Sociedad - Universidad Nacional del Litoral
angelina.rabuffetui@gmail.com

Con la guardia en alto: percepciones acerca de la policía, el delito y las violencias en jóvenes del Programa Nueva Oportunidad de la Provincia de Santa Fe

Resumen

Las relaciones entre los jóvenes y la policía han estado tradicionalmente marcadas por diferentes grados de conflictividad y tensión. Distintas investigaciones enmarcadas en los estudios sociales de la policía, se han dedicado a analizar la diversidad de formas de actuación de los agentes policiales según los territorios donde cumplen sus funciones y las condiciones socioculturales de la población que habita en los mismos. En este sentido, es posible afirmar que la gran mayoría de los contactos cotidianos iniciados por los/as policías (Sozzo, et. al. 2020) en el desarrollo de sus acciones de prevención están dirigidas a los jóvenes varones que provienen de sectores populares y barrios marginalizados.

Desde una comprensión amplia de la violencia y sus modalidades, este trabajo indaga en primer lugar, sobre características del entramado relacional —complejo y diverso— que vincula a la policía en su trato con jóvenes de zonas periféricas de la ciudad de Santa Fe y en segundo lugar, se propone una somera aproximación a las opiniones de estos/as jóvenes sobre el delito y las violencias en su cotidianidad. Se promueve, una reflexión a partir de la perspectiva juvenil, y desde un trabajo de campo realizado durante el primer semestre del año 2019, en el marco de una investigación de carácter cualitativa llevada a cabo por el Programa Delito y Sociedad de la Universidad Nacional del Litoral respecto al programa social Nueva Oportunidad en la provincia de Santa Fe.

El programa provincial Nueva Oportunidad (en adelante P.N.O.) fue un programa social dirigido específicamente a las juventudes. Los/as jóvenes a quienes estaba direccionada esta iniciativa pública tenían en común residir en zonas urbanas marginalizadas. Compartían las experiencias de afrontar múltiples privaciones, violencias y faltas de oportunidades.

Durante el trabajo de campo, se completaron en total 167 entrevistas semiestructuradas que en aquel momento representaban aproximadamente el 7% del total de las/os jóvenes participantes del P.N.O. De los diferentes tópicos sobre los que versaron las conversaciones, en este trabajo proponemos una recuperación de las percepciones y valoraciones expresadas por los y las jóvenes al ser consultados por sus experiencias con la policía y sus opiniones en torno al delito y las violencias.

Palabras clave: jóvenes / policías / violencias / entramado relacional

Introducción

En las últimas décadas, luego del trabajo de las organizaciones de Derechos Humanos y distintas investigaciones del campo académico, la relación conflictiva entre los jóvenes pobres de las periferias urbanas y la policía, ha alcanzado una vasta profundidad de análisis y una considerable visibilidad pública. Estos esfuerzos han generado lo que Garriga Zucal (2015) ha diagnosticado como una saludable intolerancia a la violencia institucional. No es entonces una novedad, que los/as jóvenes de barrios o asentamientos populares, en especial varones, cuyas características de vestimenta, usos del lenguaje y consumos portadores de estigmatizaciones sociales los vuelven protagonistas de la sospecha y sean los principales destinatarios del abuso y la violencia ejercida por las/os funcionarias/os policiales. Sin embargo, la visibilidad y consecuente rechazo social que han adquirido ciertas expresiones de violencia extrema realizadas por policías, no pueden ser comprendidas como la regla en el vínculo entre estos actores, ni tampoco la única manifestación posible de la misma. Desde una comprensión amplia de la violencia y sus modalidades, este trabajo se propone una aproximación a ciertas características del entramado relacional —complejo y diverso— que vincula a la policía en su trato con jóvenes de zonas periféricas de la ciudad de Santa Fe a partir de las voces de los jóvenes. A su vez, se busca reflexionar desde las apreciaciones y opiniones de los/as jóvenes sobre sus experiencias en relación al delito y las violencias. Entre los primeros resultados del análisis del trabajo de campo, se destaca que el 58% de los/as entrevistados/as dijeron haber estado involucrados al menos una vez durante 2018 en una situación de violencia con otras personas de su barrio o de otro barrio. En relación con otras formas de violencias más graves, el 26% de los/as entrevistados/as dijo haber sido alguna vez herido por un arma de fuego o un arma blanca y el 26% de los/as entrevistados/as estimaron que resultaba “muy probable” que fueran heridos/as por un arma de fuego o un arma blanca en el futuro inmediato, mientras que el 39% sostuvo que era “bastante probable” que esto les sucediera. Para las reflexiones de las siguientes páginas proponemos un abordaje cualitativo de algunas de estas respuestas y valoraciones en las voces de los/as jóvenes.

Breves precisiones metodológicas

El programa social Nueva Oportunidad (en adelante P.N.O.), fue una iniciativa que inició en el año 2013 en la ciudad de Rosario. En principio, estuvo a cargo del gobierno municipal pero luego fue extendiéndose a distintos centros urbanos de la provincia de Santa Fe. Para julio de 2019, el programa había alcanzado 28 localidades santafesinas, convirtiéndose en un programa provincial (Sozzo, et al., 2019). Se trató de un programa social dirigido específicamente a los y las jóvenes, previendo la participación de personas de hasta 30 años de edad, la juventud era la protagonista y destinataria principal de esta política pública. Su diseño e implementación tuvo desde su origen un claro reconocimiento de los diversos y complejos entramados de violencias que atraviesan las realidades de sectores sociales marginalizados económica y socialmente, consecuencia del recrudecimiento de los efectos de la implementación de programas neoliberales que han tenido lugar en nuestro país desde los años ‘70 hasta la actualidad.

Someramente, el mencionado programa se estructuraba en función de la propuesta de diferentes acciones tendientes a generar lazos entre los y las jóvenes participantes del mismo, desde un trabajo colectivo y mancomunado por parte del Estado con diferentes organizaciones sociales. El programa, previa la organización de grupos de jóvenes de entre 15

a 20 participantes, cuyas edades iban de los 15 a los 30 años inclusive. La propuesta concretamente incluía espacios de aprendizaje “trayectos pedagógicos” a veces vinculados al mundo del trabajo y los oficios, pero también a lo artístico y cultural en general. Con cierta flexibilidad en su programación, pero procurando una regularidad mínima se contemplaba la realización de “terceros tiempos”, espacios para el debate y la reflexión colectiva con el objetivo de generar lazos y fomentar la confianza entre los/as participantes del grupo. Los y las jóvenes que formaban parte del programa recibían un incentivo en formato de beca, a la par de una propuesta de generación de espacios de trabajo productivo de manera colectiva o pasantías laborales individuales en empresas o cooperativas.

El programa contaba con una estructura organizativa compuesta por espacios de dirección y administración desde el Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia y la novedosa figura de “acompañantes” o “referentes” encargados/as de cada grupo de jóvenes. En su mayoría se trataba de personas pertenecientes a organizaciones sociales que desde antes de la llegada del P.N.O. tenían trayectorias y pertenencias en los grupos territoriales donde se fue desarrollando el mismo. Por ejemplo, en la ciudad de Santa Fe, de los/as 219 acompañantes que había para julio de 2019, el 75% provenía de organizaciones de la sociedad civil y solo el 25% restante se trataba de agentes estatales provinciales. Por último, el programa contaba en su organización con un conjunto de “capacitadores/as” encargados/as de los “trayectos pedagógicos”.

Para julio de 2019 el programa contaba con la participación de 17.745 jóvenes de 28 localidades de la provincia. En la ciudad de Santa Fe participan 3450 jóvenes. Estos/as jóvenes tenían en común residir en zonas urbanas marginalizadas y postergadas. Compartían las experiencias de afrontar distintos tipos de privaciones, faltas de oportunidades y las vivencias de múltiples formas de violencia. A partir de un acuerdo de cooperación entre el P.N.O. de la Provincia de Santa Fe, la Asociación Pensamiento Penal y el Programa Delito y Sociedad de la Universidad Nacional del Litoral se propuso una investigación de carácter cualitativa que busco recuperar las opiniones y percepciones de los y las jóvenes participantes del programa contemplando sus voces con la realización de entrevistas semiestructuradas (Sozzo, et al., 2019). El trabajo de campo estuvo dirigido por el Prof. Máximo Sozzo y junto a dos compañeros/as fui parte del equipo de investigación a cargo de realizar las entrevistas, su posterior procesamiento y análisis y la redacción de un informe final.

Para la investigación en la ciudad de Santa Fe se realizó un muestreo, tomando como base la cantidad de participantes para el cierre del año 2018 (2.848 jóvenes), identificando cuotas por pertenencia a las tres áreas urbanas en las que se encontraba dividida la ciudad a los fines de las intervenciones: Norte, Centro-Sur y Costa. En total se completaron 167 entrevistas que en aquel momento representaban aproximadamente el 7% del total de las y los jóvenes participantes del P.N.O. El 63% eran varones, el 35% mujeres y el 2% transexuales. Con respecto a la edad, el 29% tenían hasta 18 años (inclusive), el 48% tenían entre 19 y 24 años (inclusive) y el 23% restante tenían 25 o más años (Sozzo, et al., 2019). Estas variables de género y edad se aproximaban a las del conjunto de participantes en la ciudad de la muestra hacia finales del 2018. De los 2484 jóvenes participantes a diciembre de 2018 en la ciudad de Santa Fe, 44% eran mujeres y 56% eran varones —en aquel momento no se cuenta con información de la participación de personas trans—. Respecto a la edad, el 34% tenían hasta 18 años (inclusive), el 44% tenían entre 19 y 24 años (inclusive) y el 23% restante tenían 25 o más años. En nuestra muestra se encuentran un tanto subrepresentadas las mujeres y quienes

tienen hasta 18 años inclusive y por tanto, sobrerrepresentados los varones y quienes tienen entre 19 y 24 años inclusive al momento del trabajo de campo.

Las entrevistas fueron de carácter semiestructurado durante el período enero-mayo de 2019. Tuvieron lugar en escenarios en los cuales las y los jóvenes desarrollaban sus actividades vinculadas al P.N.O. Durante los meses de enero y febrero las mismas se llevaban adelante en clubes y centros de educación física donde tenía lugar el “Verano Joven” —un programa del Gobierno de la Provincia que organiza actividades recreativas en complejos, en general al aire libre acondicionados con piletas y canchas deportivas, durante esos meses del año—. En los tres meses siguientes las actividades y en consecuencia las entrevistas, se realizaron en los espacios en los que se desarrollaban los trayectos pedagógicos, se trataba de lugares pertenecientes tanto a organizaciones sociales como al estado provincial —especialmente al Ministerio de Educación—. En todos los casos el contacto con los/as jóvenes estuvo precedido por un diálogo con los/as acompañantes de cada grupo, donde se explicó la iniciativa del proyecto de investigación y las motivaciones e intenciones de acceder al diálogo con las y los jóvenes del programa, para que desde su rol de referentes pudieran despejar también dudas propias o de los/as jóvenes respecto a nuestra presencia en los talleres y las finalidades de las entrevistas. También se realizaron visitas a cada grupo de jóvenes a los fines de generar una familiaridad con los y las miembros del equipo de investigación, que promoviera la generación de un cierto nivel de confianza en el desarrollo de las entrevistas. La participación en las entrevistas fue siempre voluntaria y se señaló la confidencialidad tanto en su realización como en el tratamiento y usos de las mismas.

De los diferentes tópicos sobre los que versaron las conversaciones, en este trabajo en particular, proponemos una recuperación de las percepciones y valoraciones expresadas por los y las jóvenes al ser consultados por un lado, por sus experiencias y opiniones acerca de la policía y por otro lado, por sus experiencias en relación al delito y las violencias.

Una relación tensa y cotidiana

Las relaciones entre los/as jóvenes y las policías han estado tradicionalmente marcadas por diferentes grados de conflictividad y tensión. Distintas investigaciones enmarcadas en los estudios sociales de la policía, se han dedicado a analizar la diversidad de formas de actuación de los agentes policiales según los territorios donde cumplen sus funciones y las condiciones socioculturales de la población que habita en los mismos. En este sentido, es posible afirmar que la gran mayoría de los contactos cotidianos iniciados por los/as policías (Sozzo, et. al. 2020) en el desarrollo de sus acciones de prevención están dirigidas a los jóvenes varones que provienen de los sectores populares y barrios marginalizados.

Si bien, no puede decirse que el vínculo entre jóvenes y policías en la actualidad haya logrado revertir aquella característica tradicional sí es cierto, que gracias al trabajo de organizaciones de Derechos Humanos, y a partir de ciertos hechos puntuales acontecidos en los años ‘90 en inicios de los 2000, han sucedido significativos avances en la visibilización y lucha contra los abusos y la violencia policial en su carácter más extremo. En este caso, la extensa mayoría de las víctimas de esta forma de violencia son también los jóvenes, varones, marginalizados que experimentan multiplicidad de privaciones (Pita, 2010). Discutir y combatir la violencia extrema es sin duda fundamental, sin embargo, detrás de ella, se nos escurren y muchas veces reclusos en la urgencia, contribuimos a esconder múltiples maneras de ejercer abusos y excesos representados en prácticas de humillación, hostigamiento y maltrato capaces de ser

descritas como microviolencias (Kessler y Dimarco, 2013). Estas microviolencias, como su nombre lo indica, no poseen el carácter espectacular de lo extremo, no se trata de acciones sangrientas y en muchos casos no dejan marcas visibles. Puede que por ello, no alcancen el nivel de injusticia capaz de sortear la vara de indignación necesaria para movilizar un reclamo social impulsado por sectores militantes y movilizados de las clases medias. Pero se trata de microviolencias que no sólo no han disminuido sino que es posible que se hayan incrementado en los últimos años (Kessler y Dimarco, 2013). En palabras de Didier Fassin (2016) es necesario avanzar sobre una concepción ampliada de la “violencia policial”, ya que para el autor la comprensión que sobre ella hacen las autoridades judiciales y administrativas y gran parte de los trabajos sociológicos es limitada al reconocerla solo ante tres características: en primer lugar, se trata de una violencia estrictamente física, es decir, posada sobre los cuerpos, en segundo lugar, es de fácil reconocimiento, deja marcas y heridas como signos claros de visualizar cuando no llega al extremo de la muerte de las personas y por último, se trata de una violencia que se define en relación a una norma profesional, en función de ella el/la policía debe probar que es capaz de discernir en el recurso de la fuerza haciendo un uso justificado y proporcionado (Fassin, 2016). Yendo más allá de estas características, Fassin busca dilatar esta delimitación estrecha hasta alcanzar análisis que sean capaces de atender a las múltiples variaciones que la violencia policial puede adquirir. Explícitamente dirá: “(...) pretendo señalar la violencia de la policía como una interacción que afecta la integridad y la dignidad de los individuos —y no sólo su cuerpo y su carne—, que puede ser profunda y no dejarse ver, que implica, en fin un componente ético y no estrictamente normativo” (Fassin, 2016:165). Esta propuesta de definición ampliada de la violencia policial se vuelve fundamental a los fines del presente trabajo donde se ha tomado la decisión de dejar a un lado por el momento, los relatos y vivencias de violencias más extremas compartidas por los/as jóvenes en el proceso de entrevistas, para focalizar la atención en aquellas experiencias de microviolencias policiales.

Estas prácticas policiales no solo importan en lo atinente a la violación de los derechos fundamentales, sino en su carácter constructivo y reproductivo de múltiples vulnerabilidades y estigmatizaciones que atraviesan y se quedan como marcas internas en las trayectorias vitales de estos/as jóvenes (Montero, 2010). Este trabajo se propone contribuir a la visibilización de esta problemática en la ciudad de Santa Fe. Ante el carácter principalmente subrepticio de la violencia policial, existen obstáculos en el propósito de conocer y observar sobre ella, por ello, “obligados a abordarlos mediante un rodeo” (Jobard, 2011:25) debemos recurrir a diversas estrategias de reconstrucción de las mismas en el intento de aproximarnos a sus modalidades y ejercicios. En palabras de Rodríguez Alzueta (2020) la violencia policial es una violencia narrada. Es entonces, importante destacar que en el presente trabajo se abordan las percepciones acerca de la policía desde las voces de los y las jóvenes participantes del P.N.O. a partir de los relatos de sus experiencias. Es decir, no se hablará de las policías y en particular, de la violencia policial, sino de lo dicen sobre ella los y las jóvenes.

Los/as jóvenes que agrupaba el P.N.O. dieron sobradas cuentas de tener a lo largo de su vida cotidiana frecuentes contactos con la policía, una buena parte de los cuales son de carácter conflictivo e implican distintas formas de maltrato y violencia. Analizando la totalidad de las entrevistas, el 65% dijo haber sido parado/a por la policía durante el año 2018 —en el caso de los jóvenes varones esa afirmación asciende al 93%—. Ante una pregunta específica el 46%

de los/as entrevistados/as dijo que fue objeto de un maltrato —físico y/o verbal— por parte de la policía durante el 2018 —nuevamente, este porcentaje se eleva a un 62% entre los varones—. No es entonces casual, que al ser consultados/as acerca de qué pensaban de la policía, una gran mayoría de las y los jóvenes del P.N.O. tuvieron respuestas que pueden categorizarse como una imagen fuertemente negativa (60%) o moderadamente negativa (25%) —solo el 15% presentó visiones relativamente positivas acerca de la institución policial—. En este sentido, la sistemática y rutinaria repetición de prácticas de violencia policial a través del hostigamiento, hacen a una relación entre los/as jóvenes y la policía capaz de enmarcarse en la cotidianeidad de ambas partes. En este sentido, algunos/as jóvenes nos decían:

Banda de veces. Siempre por estar en las esquinas. (Varón, 29 años, norte).

Si, me llevaron me comí ocho horas por averiguación de antecedentes, todo eso y al pedo porque no tenía nada. [Entrevistadora: y cómo fue esa vez?] Fue fea pero te cagan a pedo nomás. Por ahí algún verdugo te pega una cachetada. Varias veces te llevan así de cargosos nomás. No, lo único que te hacen comer ahí las ocho horas, la bronca nomás te comes. (Varón, 20 años, norte).

Me pasa continuamente. En el 2018? Te vas a cansar de escuchar. Son muchísimas. Ponele por mes, calculale que unas dos semanas me debe estar pasando unas seis o siete veces. Que me paran y me llevan. Hay veces que no, que me suben y me dan vueltas en el patrullero no más y me bajan capaz que allá a las 30 o 40 cuadras. Y capaz que me llevan de cargosos nomás, a veces me llevan de cargosos nomás, si ellos mismos me dicen... “mira loco yo ya sé que vos tenes un porro, que tenes alita pero eso a mí no me interesa, yo te traje para hacer carpeta no más”. (Varón, 19 años, norte)

Pienso que a veces están al pedo, que cuando vos estás tranquilo van y te joden porque no tienen nada que hacer, o porque los llaman por llamar, y van y se quieren hacer los guapos. (Varón, 16 años, costa)

Entre las voces de las mujeres participantes del P.N.O. se repetían opiniones que hacían referencia a las detenciones policiales hacia sus amigos y compañeros varones de sus barrios, una situación que afirmaban como muy normal pero de la cual ellas en su mayoría no eran objeto. En particular, elegimos destacar a continuación, dos fragmentos puntuales por su claridad en este sentido y su pertinencia en clave de estrategia de respuesta al acoso policial por parte de los jóvenes varones.

Si, pero me han confundido directamente. Fue de noche, una vez me paso, una sola vez. Me pidieron disculpas porque nada que ver. Lo que pasaba que yo iba encapuchada y era un día nublado, a la noche y en una cuadra a oscuras donde no hay luz, entonces me pararon pensando que era un varón y cuando se dieron cuenta que era chica me dejaron y me pidieron disculpas (Mujer, 15 años, suroeste).

No, nada. Igual no, porque soy mujer casi siempre paran a los hombres. Sí además si vos ponele, los varones se van en moto los paran, pero si van con una chica ya no. Entonces como que la chica es el escudo a veces o ponele lleva las cosas, ponele si los paran en un moto, ponele si vos salís y le decís “llévame esto” o así, el otro día hablaba con una chica y ella me decía que a veces salía de los mandados y aparecía un pibe y le dice “che te acompaño” y bueno la acompañaba y un poco para zafar de la situación ahí si viene la policía. Y ellos zafan con la policía y eso. (Mujer, 20 años, norte).

Fui a una joda. Pum, pum, fierro para acá, fierro para allá, y yo tranquilo. Nunca mostré el mío ni nada. Sentadito, chamuyandome a las chicas. Tranqui-piola. Aparecen camionetas de la yuta. Yo en ningún momento saqué el fierro, ni lo tiré, ni lo descarté ni nada. Me acerqué a una piba, “tomá, tenemelo”. Nos revisaron a todos. (...) Y nos entraron a revisar a todos, y como no nos

encontraban nada, se fueron. (...) Voy, busco a la piba que estaba conmigo, busco mi fierro porque se iba a pudrir todo, vamos a arrancar a los balazos. Lo llamó al loco que organizó la joda, y le digo: “loco, yo me voy a ir a mi casa” (Varón, 23 años, Norte).

Que la mayoría de las interacciones entre jóvenes y policías sean protagonizadas por jóvenes varones, no implica desde luego, desconocer otras violencias que sufren las jóvenes. En tal sentido, se destacan los aportes de Vallone y Quiroga (2020) donde incorporan una lectura de género en el tratamiento de las interacciones entre jóvenes y policías, analizando el rol de las mujeres y su disponibilidad del espacio público, es decir también, las especificidades del hostigamiento policial hacia las jóvenes. En este sentido, una joven recordaba su experiencia al haber concurrido a la comisaría de su barrio:

Se me dio una situación que tuve que ir a recurrir al destacamento policial que está ahí en mi calle y fue para más problemas. Yo fui y había personal masculino, te miraban y se te reían, te miraban de arriba abajo, cuando te das cuenta que las miradas te acosan. (Mujer, 28 años, suroeste).

Por otra parte, en este apartado nos interesa retomar la caracterización que hace Rodríguez Alzueta (2020), respecto al hostigamiento como un tipo de violencia expresiva, para dar cuenta de la capacidad comunicacional de esta violencia, y con esto queremos decir, que tal como aclara el autor, el hostigamiento como forma de violencia comprende una dimensión afectiva, emotiva, lejos de ser directamente instrumental persigue muchas veces una expresión de autoridad que merece la pena remarcar en tanto capacidad de control sobre los cuerpos en los territorios (Rodríguez Alzueta, 2020:41). En este sentido, elegimos destacar como la duración de las interacciones a decisión de los oficiales de policía imprime también un mensaje de disponibilidad de tiempo de los y las jóvenes.

“Varias horas, hasta un día entero también. Sin nada, sin motivos, esperando que a ellos se les autoanalicen” (Varón, 22 años, suroeste).

Están a cada rato cargoseando. Pasan, nomás. No hacen mucho. A los pibes los bolasea a todos. Te paran a cada rato y te tienen tres horas parado. Y hacen que hablan por el coso, y no tenés nada. “¿Estuviste preso?”. “No”. Y te tienen parado. Ayer me tuvieron como tres horas parado debajo de la lluvia. “¿Estás fumando algo?”. “No estoy fumando nada, recién salí a comer”. Y me dejó mojándome el cara de verga. Es común ya. (Varón, 20 años, sur).

Sí, me ha pasado. Todos los días. En el patrullero me tienen un rato, después me llevan a hablar con el que está a cargo y después me largan. Me tendrán dos horas... Yo les digo que no me paren más porque llegó tarde y no me gusta eso. (Varón, 15 años, oeste).

En aquellas interacciones donde los/as jóvenes leen la entrega de la disponibilidad de su tiempo a la administración del mismo por parte de los/as oficiales de policía, aparecen naturalizaciones pero también el hastío de vivenciar prácticas repetitivas carentes de su sentido mentado. Sin embargo, como venimos diciendo, esto no significa que estas prácticas carezcan de sentido, por el contrario, aparecen sus repercusiones en tanto productoras de coerción corporal, de disponibilidad temporal, y a veces simplemente de necesidad administrativa o otras como constructoras de un hecho que por breve o simple que sea puede agregar a ese tiempo que se suspende para las juventudes el hacer diario de cada día policial que de otra manera transcurre tardo y pausado.

La mayoría son todos guachos como nosotros que tuvieron la suerte de entrar y ahora se dedican al verdugueo. Está bien, porque es el orden, están para eso. Necesitás un orden, pero si funcionara bien te diría.(...) Te paran por cómo andás vestido. Yo me visto deportivo. Te paran por eso nomás, pero nunca me han encontrado nada, más que un porrito. [Entrevistador: ¿cómo

sentís que te trataron esa última vez?] Algunos con respeto, otros no. Hay otros que te quieren comer el viaje. Son conocidas las caras. Cuando hubo la renovación, que entraron los nuevos, querían ser ellos. Hacerse los copados. (Varón, 21 años, norte).

Ahí me pegaron por berretín, pero a veces ya cansa que te paren. Ya me conocen. Si son de ahí del barrio. Esto fue hace dos años. Me pegó un par de patadas y un par de piñas nomás. No le podía hacer nada. Nos dejaron subir al auto e irnos. Encima me rompieron todo. Me rompieron las cosas. Me rompieron una netbook que me habían dado en la escuela. La tiraron. (Varón, 19 años, norte).

Un día me pararon siete veces en el día, ¡siete veces! Hasta el día de hoy me acuerdo, ¡siete veces en un día! No sé por qué, me tenían las pelotas llenas. Siempre distintos milicos, pero siete veces en el mismo día. Y dos veces, en el mismo lugar. A la tercera le dije “che ya me pararon dos veces hoy”. “No me importa”, a los gritos. De esas siete veces, nunca tenía nada y me tenían que largar. No me tenían por qué llevar... (Varón, 22 años, sur).

Como vemos en estos fragmentos, no hay sorpresa en los/as jóvenes del P.N.O. en su cruce con la policía. Al contrario, se adivinan intenciones como en aquellos/as policías nuevos que querían "hacerse los copados" se anticipan motivos atribuidos a la forma de vestir o al haber reaccionado con un “berretín”. En definitiva, se aprende la paciencia y con ella se naturaliza la hostilidad que caracteriza el vínculo, esto aparece como un clima propicio para generar un malestar cotidiano e ineludible.

Nos importa detenernos un momento en este punto y recuperar el trabajo de Ana Passarelli (2020) cuando al retomar la, al parecer, necesaria aclaración de que los policías no son extraterrestres, se aboca a reflexionar sobre el lugar que ocupa la juventud en el trayecto de los y las agentes de la Policía Local del Municipio de Quilmes. Cuando los/as jóvenes reconocen una distinción entre la intensidad del obrar entre los/as policías “viejos” y los/as “nuevos”, “cuando hubo la renovación” nos dice un joven del norte de la ciudad de Santa Fe, aparece el registro de la relatividad y diversidad que enmarca esos encuentros con las policías. Passarelli indaga acerca de “jóvenes-policías que al mismo tiempo son policías-jóvenes” (Passarelli, 2020:370) y se pregunta si el hecho de que los y las policías al ingresar a la institución suspendan su estatus de ciudadano y de trabajadores/as con su consecuente reconstrucción del nuevo *self* no implica también un cuestionamiento al estatus juvenil previo. La autora trabaja la situación de ser jóvenes y formar parte de una fuerza de seguridad, donde tal juventud es asociada a la falta de experiencia (condición que les valió a estos/as policías del Municipio de Quilmes el apodo de “Pitufos”) y ante ello, analiza distintas estrategias “para hacerse un lugar” de estos/as jóvenes policías ante los/as vecinos, ante la Policía Bonaerense y también entre los y las jóvenes con quienes interactúan en las calles. La autora plantea como “la relación entre estos actores es mucho más que una relación entre ciudadano y policía sino entre un joven con otro joven (...). Los policías saben que van a ser testeados por los jóvenes, que su autoridad va a ser puesta a prueba. Saben que los jóvenes tienen una chance de avanzar a partir de que ellos también son jóvenes” (Passarelli, 2020:389), sin embargo, también saben que salvo excepciones de conocimientos previos e historias de larga data, la conflictividad no es personal, la identidad juvenil se juega en la resistencia a la autoridad y la autoridad de estos jóvenes policías también debe superponerse a su juventud en esa relación situada. Así, la capacidad de desarrollar paciencia pero a su vez, imponer autoridad se vuelve un constante pendular entre las voces de los/as entrevistados/as por la autora. El hecho de ser jóvenes, compartir entonces ciertos “códigos” (Passarelli, 2020) y poder dialogar desde los mismos, puede constituir un elemento a explotar a los fines de evitar escaladas de tensión y violencia en ese encuentro relacional pero también, puede constituir un arma de doble filo donde la experiencia que al fin y al cabo, es algo que ambas

partes de la relación están generando por su condición de juventud, es medida con reglas aún más estrictas.

Estrategias de reacción

En este apartado nos interesa destacar algunos elementos encontrados en los relatos de jóvenes principalmente varones, respecto a modos de manejo y reacción ante aquellas frecuentes situaciones de interacción con agentes de la policía. En tal sentido, se vuelve fundamental reponer las observaciones de Garriga Zucal (2012) al reflexionar sobre la violencia como una violencia relacional, y retomar su intención de complejizar las nociones de víctimas. En sintonía, Roldan (2020) propone un corrimiento de las miradas victimizantes que recaen sobre los/as jóvenes al pensar en la violencia policial. Hay aquí una manifiesta intención de realizar y proponer lecturas capaces de reconocer el poder de agencia en estos jóvenes.

Puede que sea necesario aclarar: no se desconoce la jerarquía existente entre el vínculo que acerca a los/as jóvenes y la policía, al decir de una violencia relacional, no se pretende olvidar la asimetría y desigualdad que rige en estas interacciones. Sin embargo, pensar en jóvenes estáticos, inmóviles y taciturnos no parece acertado ni suficiente en el objeto de aproximarnos a las dinámicas de interacción cotidiana con la policía como veremos a continuación, en los relatos de los/as jóvenes quienes despliegan sus estrategias de respuesta ante la detención constante y el verdugueo:

La policía me para desde los 14 años. Cada tanto, una vez por mes... Pero nunca tuve problemas de que me golpeen y eso. He visto que a varios chicos de mi barrio les pasó. Porque yo soy de jetonear y les decía que no me podían tocar porque era menor y les iba a hacer denuncia. (Varón, 17 años, oeste).

Sí, me llevaron. Ya hace una banda fue la última vez, hace como tres años. Últimamente ya no. Me agarran así de noche pero ya no me llevan. Tengo documentos y nunca me encontraron nada. Si te encuentran con un fasito, no pasa nada. Les digo ya de entrada, antes de que me paren “tengo un faso”. Y se lo agarran ellos, se lo fuman ellos. “Andá nomás” te dicen. No te hacen causa nada por eso. (Varón, 23 años, norte).

Aparecen entre las voces de los/as jóvenes elementos de anticipación a las intenciones o “mañas” de los/as policías. Tal previsibilidad puede entenderse también como una herramienta en las estrategias de empoderamiento de los jóvenes capaces de burlarse de aquellos intentos de disciplinamiento policial (Ghiberto y Puyol, 2019). La posibilidad de sobreponerse y participar activamente de aquella escena predispuesta para que ambas partes se luzcan en su intención de medirse en respeto y coraje. La capacidad de controlar las situaciones consideradas irrespetuosas es fundamental dentro del repertorio de relaciones arquetípicas de lo que Garriga Zucal (2016) define como el verdadero policía, donde si bien, la diversidad es regla en el mundo policial, existen “configuraciones” de formas correctas e incorrectas en la interacción con la ciudadanía. En el entramado de estas configuraciones de exigencias de respeto, ingresan a su vez, las históricas demandas de reconocimiento en el sentir de muchos/as policías. A pesar de reconocer en muchas oportunidades el desprestigio institucional, los/as policías continúan enmarcando su hacer en una clave de sacrificio, entrega y constante postergación de la vida privada ante el oficio policial (Ver también, Ugolini, 2009). En sintonía con estas postulaciones, Garriga Zucal (2014) distingue dentro de la noción de sacrificio presente en la cotidianeidad de las labores policiales en las voces de los/as policías, una dimensión que se relaciona con el uso y el abuso del tiempo que la institución hace sobre los/as policías y por otro lado, una dimensión que se vincula con el

peligro, donde los/as uniformados/as aparecen como donantes generosos y aparentemente desinteresados, dispuestos a ofrecer su integridad física e incluso su propia vida en defensa de la sociedad toda. Si ante la entrega, lo que se devuelve es la falta de respeto, las estrategias para reponerlo se vuelven determinantes y el respeto se erige como un “eje vertebrador” (Passarelli, 2020:393) de esas interacciones que pueden ser variantes pero que están en general, signadas por la tensión. En palabras de algunos jóvenes:

Hay algunos que son medio emberretinados, que buscan droga nomás, para drogarse ellos. Porque nosotros los conocemos, somos más vivos que ellos. Cuando preguntan “¿tienen algo, droga?” es porque están buscando droga, porque ellos la quieren. Y si están buscando un fierro te hacen levantar la remera y ya está, y se van. Si te quieren llevar, te tratan re mal, para llevarte y verduguearte. (Varón, 23 años, centro suroeste).

En la semana me paran una o dos veces. Siempre son distintos los polis. Ya les conozco las mañas. Me les río en la cara. (Varón, 21 años, centro-oeste).

“Los jóvenes no se regalan” nos dice Rodríguez Alzueta (2020:285), en aquel camino de acumulación de experiencias ante la repetición de prácticas de detención, demoras, intercambios no buscados, pedidos de explicaciones, corrimientos de espacios y preguntas que muchas veces no buscan ni persiguen respuestas, los jóvenes diseñan y recurren a diferentes tipos de respuestas. Ensayan, sin resultado asegurado, posibles repertorios variables. También es importante mencionar aquí, ni los jóvenes son siempre los mismos jóvenes (Roldan, 2020) ni los policías son y actúan igual en todas las situaciones, esto que parece una obviedad, es fundamental para entender que se trata de una relación donde las pujas de sentidos y las dinámicas de búsqueda de respeto que cada una de las partes pone en juego, no tienen reglas fijas e inamovibles ni respuestas que puedan anticiparse con absoluta seguridad. En tal sentido, cada interacción será una nueva experiencia, pero la acumulación de experiencias puede dar algunas premisas de actuación, veamos por ejemplo el recurso de la palabra en las experiencias de algunxs jóvenes de la zona costa y norte:

Bueno ponele si vos lo prepotas de una y no te dejás revisar, te quiere venir a revisar de una sin saludarte, sin darte una explicación de por qué están requisando, que estaría bien. Yo lo veo bien que estén requisando pero tenés tus maneras. Ósea podés decir buenas tardes, buenas noches lo que sea. No ir “a ver todos contra la pared” como si somos delincuentes, pero si vos te le plantás y sabés hablar y sabés defenderte y sabés tus derechos que casi nadie los sabe, nadie te enseña tampoco, si vos no te defendés así es como que ellos te pisotean, te pasan por encima y te tratan re mal de la peor manera, te comen un par de cachetadas. (Mujer trans, 30 años, costa)

No, porque vos tenés que saber hablar. Si vos sabés hablar no te van a verduguear. (Varón, 24 años, costa)

Naa que la última discusión que fue hace una semana atrás, que fue con un policía también que discutimos, que me querían llevar a toda costa pero no me llevaron. [Entrevistadora: Qué paso?] Como yo te digo que vienen “eh eh dale...” aguanta, háblame bien que yo te voy a hablar bien le digo. Decime bien que yo te voy a decir bien también, le digo, revisame tranquilo porque no tengo nada. [Entrevistadora: y cómo reaccionó cuando le dijiste eso?] –Naa “yo soy el que manda acá, no vos” me dice. Me agarro y me dijo “apóyate contra el comando”, bueno, anda a la concha de tu madre le digo y me dio una piña en la nuca, cuando me dio una piña, eran dos encima ellos, nosotros éramos como veinte los que estábamos en la esquina, que una de piñas y patadas, ellos pidieron refuerzos pero no se llevaron a nadie. [Entrevistadora: Y a esos policías vos ya los conocías? –Sí los conozco a todos, allá en el barrio nos conocen a todos, de pies a cabeza a todos. (varón, 18 años, norte).

Y llegué a ese momento en que yo le tuve que decir a la policía: “yo le trato bien amigo, a mí no me falte el respeto”. Me había dado un cachetazo el policía. Yo no pensé en denunciarlo, porque yo estaba hablando con él, y le digo “vos porque tenés una chapa te creés más que yo”, porque me

quería dar de menos, me decía “vos negro, negro de mierda”, y que se yo. En ese momento yo lo agarré y le hablé y le dije “usted no me trate mal así porque yo a usted siempre le hablé con respeto, usted tiene que tratarme igual, porque a mí me gusta que me traten así, porque si no vamos a andar mal”. Me quedó mirando en ese momento, y se fue nomás. Pero ya me había pegado el cachetazo y quedó ahí nomás. Y de ahí en adelante pasaba, pasaba, me miraba, hasta que en una lo crucé y me dice “che negrito discúlpame si vos sentís que yo te falté el respeto, pero ya está, ahora ya sé cómo sos y te voy a tratar bien porque sé que vos sos humilde y respetuoso”. (Varón, 17 años, costa).

Así como en muchas oportunidades escuchamos sobre la relevancia de “saber hablar” como un conocimiento de peso al momento de interactuar con la policía, otro joven refiere a la importancia de mantener la calma, no responder a la provocación:

En la calle. Cuando te frenan porque vos te paras, te frenan así, te paras mal y te dan una patada en los tobillos “Abrite bien guacho” y vos le contestas y “Cállate guacho”, te pega. Y entonces ahí van, donde vos te emberretinaste chau. Te cagan a palos, te buscan. (Varón, 22 años, centro-oeste)

Se trata de un silencio astuto (Rodríguez Alzueta, 2020), al reconocer “te buscan” establece una clara lectura de anticipo ante la pretensión policial, aguantarse la palabra, aparece en este caso como una estrategia que evita un mal mayor que podría implicar golpes, traslados o la demora y consecuente disposición de ese tiempo compartido por parte del/la oficial de policía. Pero entonces nuevamente, nos parece importante recalcar, que la búsqueda y adquisición de experiencias en estas interacciones, no son unilaterales. No solo los/as jóvenes suman expertis y desde allí aprenden estrategias para desenvolverse en ese entramado relacional. En párrafos anteriores hacíamos referencias a la distinción que los/as mismos jóvenes perciben en el trato con policías veteranos y novatos. Al retomar los aportes de Monjardet (2003) al pensar las “distancias” entre la cara formal e informal de la policía francesa (Monjardet en González 2012:62) el autor nacional realiza una pertinente traslación que permite discutir en la policía de la Provincia de Santa Fe, la aparente centralidad del escalafonamiento jerárquico como clave rectora de las relaciones internas de los y las oficiales de policías. En tal sentido, el autor discute con una imagen policial únicamente signada por las jerarquías, y busca indagar sobre los procesos subterráneos donde la “inexperiencia” se volverá un elemento clave en la construcción del “verdadero trabajo policial” desde los intercambios entre policías “expertos” e “inexpertos” (Gonzalez, 2012). Estos aportes son claves para comprender que si los/as policías valoran la calle por sobre las instituciones educativas al ser consultados por su formación, ese aprender haciendo se construye de experiencias, la antigüedad no es valorada únicamente en el paso del tiempo dentro de la institución sino en la acumulación de experiencias capaces de ser intercambiables pero también visibles ante los/as interlocutores y los/as propios compañeros/as ante situaciones concretas. A esto se le suma, una distribución territorial de agentes en función de zonas que presentan según su ubicación en la ciudad, escenarios y situaciones muy diversas, así muchas veces policías recién egresados/as de las academias y escuelas son enviados a los que entre oficiales llaman como “zonas calientes” o “comisaría castigo” como espacios considerados “necesarios para aprender” (Gonzalez, 2012:76) donde paradójicamente comparten con “viejos policías” que han sido derivados a esos destinos y tareas en función de mecanismos subterráneos de castigo institucional. En este sentido, la experiencia en el trato con las juventudes marginalizadas se encuentra dentro del repertorio a acumular para los/as agentes y un campo donde hacer valer las diferentes dimensiones del respeto.

Un pibe trabajador

En los primeros párrafos de este trabajo hemos mencionado las propuestas del P.N.O. respecto a la generación de espacios de aprendizaje de oficios y la presentación de escenarios colectivos de trabajo en unidades productivas o pasantías. Las mismas, aparecían como un intento del P.N.O. por allanar las posibilidades de acceso al trabajo para las y los jóvenes participantes, expulsados de estas formas de socialización a partir de los procesos de fragmentación social que vivió nuestro país desde los años 90.

En este apartado me propongo pensar cómo el mundo del trabajo, ya difícil de habitar por las y los jóvenes del P.N.O. ante las múltiples privaciones que contribuyeron a negarles aquella prolongada moratoria hacia la maduración (Tonkonoff, 2018) de la que disfrutaba la juventud de las clases medias y altas, se vuelve aún más complejo y hostil al destacar entre las estigmatizaciones, las ejercidas por los/as policías. En tal sentido, aparecen entre las voces de algunos participantes del P.N.O. experiencias vinculadas a interacciones con policías desde su rol de jóvenes trabajadores.

Todos los policías que están en mi barrio son corruptos. Y si, porque vos no andas en nada, no ando en drogas, no ando en alcohol, ando trabajando y voy caminando por la calle me frenan y me piden un fierro, me dicen “dame el fierro y te largamos guacho”, “aguanta, soy un pibe trabajador. No ando en la droga, no ando en la calle, recién ahora salgo de mi casa”, le digo. Pero ellos te frenan y te piden fierro, fierro no más. (Varón, 21 años, norte)

Se me paró uno y me dice: “documento”. “No tengo”. “¿Por qué no andás con documento?”. Le digo yo: “porque te roban, y yo no voy a perder mi identidad porque a vos se te ocurra que yo ande con mi documento”. “Bueno, no me contestés”. Y le digo: “mire, discúlpeme”. Porque nos hacían preguntas. Preguntas incoherentes, como dónde comprábamos droga, dónde nos drogábamos. Y le digo “¿me vas a revisar? ¿Sí o no? porque si no me vas a revisar, te doy mi número de documento y me dejás ir porque yo estoy trabajando, no estoy para hacer preguntas, acá no, estoy trabajando y necesito irme rápido”. (Varón, 26 años, costa)

En una oportunidad, un joven relató una experiencia donde fue su empleador quien terminó interviniendo ante una situación de demora y averiguación donde los policías prolongaron la interacción a pesar de sus acabadas explicaciones y la presentación de papeles que contradecían la sospecha de fuga que había supuestamente motivado la intervención. Aquí se destaca a su vez, el sobreaviso del oficial hacia el empleador acerca de los antecedentes penales de su empleado.

Y venía caminando por la General Paz, y miro: dos cobanis, dos motorratones. Me miraban todo mal. Y se me vinieron de cheto. Y era un cobani, el que supuestamente me había agarrado una semana antes con el revólver. Me mira y me dice “¿cuándo saliste vos?”. “Yo salí hace rato, estoy trabajando”. Encima, yo con la ropa de la empresa. “Estoy trabajando hermano”. Dice: “pará, pará”. Avisaron, averiguaron por la radio, y dice: “vos, ¿cómo presentás vos que estás en libertad y no estás fugado?”. Y digo: “vamos hasta la obra hermano, tengo los papeles en la obra, tengo el documento, tengo la orden del juez que dice que puedo andar tranquilamente en la calle”. Fuimos hasta la obra, en la obra me hicieron sacar los papeles, que les muestre... Les mostré y se pusieron a averiguar. Y le digo: “loco, ¿querés que te llame a mi patrón? Estoy laburando”. Y me dice: “no, no, vos hacés tu trabajo y yo hago el mío”. Y le digo: “pero estoy laburando, andá a fijarte por ahí que están robando, que están los giles...”. Y se quedó con esa, y estuvo media hora averiguando, y buscaba cualquier cosa para poder llevarme. Y quedó de cara. Salió mi patrón y me dice que me vaya adentro. Yo voy adentro, y “¡no! ¡No!” dice el cobani. Y yo: “¡no! ¿Qué pará? A mí me manda mi patrón, no vos”. Entré y se pusieron a hablar con mi patrón. Mi patrón le dijo “vos acá al chico no me lo podés venir a molestar porque esto es privado; él labura, está en blanco, vos no podés venir a romper las pelotas”. Y el cobani: “no, que este es un delincuente, que lo encontramos con un arma, él ya tiene antecedentes”. Y le dijo: “sí, yo ya sé los antecedentes que tiene, vos no me lo tenés que explicar; tenés que explicárselo al juez, no a él; retírense de acá porque están molestando”. ¡No sabés cómo se fue el cobani! (Varón, 23 años, norte)

Muchas eran también las manifestaciones de jóvenes que acumulaban experiencias de demoras y traslados que repercuten en llegadas tarde a entrevistas laborales o a sus trabajos, como claras manifestaciones de acciones donde la policía en su recurrente hostilidad, multiplica las dificultades, refuerza los estigmas renovando los ejercicios de la criminalización secundaria.

Me pasó un montón de veces. La última vez, cuando fui a cobrar el curso (beca del programa Nueva Oportunidad), venía caminando, salí para Blas Parera, y me paró la camioneta. Bueno, “chequeo de rutina, muchachos”. Yo tenía dos billeteras, porque tenía que cobrar el trabajo mío y la beca del curso. Me dice el milico “che, ¿por qué tenés dos billeteras?”. “Jefe, lo que pasa es que estoy haciendo un curso de huerta, y cobro el plan, eso es una billetera, y en lo otro cobro mi trabajo, lo guardo ahí, aparte, porque pago cuentas y...”. “Ah, ah, no andes haciendo cagadas”. Y cómo voy a estar haciendo cagadas, vengo de cobrar. Vengo de trabajar. (Varón, 19 años, norte).

Una vez, cuando estaba trabajando en Rincón. Como no conocían las caras, era la primera vez que íbamos a la construcción. Nos llevaron para saber los antecedentes, porque no éramos de esa zona en teoría. Nos pararon porque bajamos juntos del colectivo, y ya estábamos yendo a la obra. Y justo nos metieron en la comisaría para ver si teníamos antecedentes o alguna cosa. Ese día me había olvidado el documento justo. Llamaron a mi casa, preguntaron los datos, y después mi mamá me acercó el documento. Se tuvo que tomar la molestia de llevármelo. No pasó nada esa vez. Esperamos nomás. (Varón, 28 años, centro-oeste).

Me pasó que tenía una entrevista, y me paró la policía. Me hablaron bien y todo. Se fijan en cómo uno está vestido, y en cómo habla. Yo no soy de vestirme así, solo que vine así por el taller, porque me voy a ensuciar todo, me vengo con lo más viejo que tengo. (Varón, 20 años, sur).

Negada entonces la moratoria que media hacia el ingreso a la etapa adulta de su vida y, estigmatizado el ocio forzado tanto como el desarrollo de estrategias de reproducción que versan entre la legalidad y la ilegalidad, a los/as jóvenes que acceden a relaciones laborales de clásica estructura patronal obrera, también se los persigue, se les hostiga, se los acusa y se los sospecha. Los jóvenes varones, morochos, aún despojados de sus ropas deportivas y sus viseras, en muchos casos continúan siendo objeto de la sospecha social y por ende también, de la mirada policial.

Más allá del riesgo policial

Para finalizar, nos gustaría aproximarnos aunque fuera someramente a ciertas apreciaciones aportadas por las y los jóvenes del P.N.O. al ser consultados/as por sus experiencias en relación al delito y las violencias en sus barrios, y el rol marginal o secundario que ocupan los y las policías en estos registros de situaciones y preocupaciones cotidianas de los y las jóvenes. Para esta última parte, decidimos recuperar algunas valoraciones de los/as jóvenes que además de enmarcarse en la lectura generalizada en la mayoría de sus voces acerca de la falta de protección por parte de la policía en sus barrios, que además debe leerse como parte de la valoración negativa sobre las fuerzas que fuera indicada en renglones anteriores, se enmarca claramente en el par conceptual “sobrecriminalización y desprotección” que los/as investigadoras/es Cozzi, Font y Mistura (2014) analizaron al pensar las interacciones entre jóvenes de la ciudad de Rosario y fuerzas de seguridad. En tal sentido, de la totalidad de las respuestas analizadas en las entrevistas realizadas en la ciudad de Santa Fe, el 58% de los/as entrevistados/as dijeron haber estado involucrados/as al menos una vez durante 2018 en una situación de violencia con otras personas de su barrio o de otro barrio. En relación con otras formas de violencias más graves, el 26% de los/as entrevistados/as dijo haber sido alguna vez herido por un arma de fuego o un arma blanca y el 26% de los/as entrevistados/as estimaron que resultaba “muy probable” que fueran heridos/as por un arma de fuego o un arma blanca

en el futuro inmediato, mientras que el 39% sostuvo que era “bastante probable” que esto les sucediera. Más allá de las posteriores evaluaciones e indagaciones que pueden seguir del análisis de estas cifras, en esta oportunidad nos interesa reparar en dos puntos que nos parecen reveladores de ciertas lógicas de convivencia con múltiples violencias y riesgos en la cotidianidad de estos/as jóvenes. En primer lugar, en muchas de las respuestas encontramos indicaciones de la soledad o el “andar solo” como un elemento de seguridad, cuidado personal y defensa ante posibles “ataques” de otros jóvenes de su mismo barrio o de otros colindantes de la ciudad. En este sentido, algunos/as jóvenes del P.N.O. nos decían lo siguiente:

Tratamos de no volver a salir. Nos metimos y no volvimos a salir. Nos pasaba algo cada vez que salíamos todos juntos, por problemas de otro. Tenía problemas con otros vagos y se la agarraban con todos juntos. Eso nos pasó. Íbamos al baile, y siempre era para pelear. Por eso dejamos de salir. Salíamos siempre aparte nosotros, no salíamos con todos. (Varón, 22 años, Norte)

No sé, porque yo en la calle no ando. No ando molestando a nadie. Solamente me cuido yo y mi camiseta. Yo camino solo, no tengo junta. No tengo vagancia, no tengo una banda. Yo camino solo, ando solo, dónde voy, voy solo. Con los chicos nomás, cuando salimos a ver cómo se hace esto, así sí, pero si no, no... Yo ando solo. Me gusta andar solo, porque es mejor mi defensa que si estoy acompañado. Ya me han pasado cosas estando en grupo... (...) y me han pasado cosas delante de mis amistades, y no hicieron nada. O sea, prefiero estar solo... (Varón, 29 años, Costa).

No, porque yo cuando veo que se está por pudrir tocó la banda. Me doy cuenta, cuando uno está ya buscando bronca, tocó la banda, que se manejen. (...) No ya te digo, antes te puedo decir que sí, pero ahora ya salí de todo eso y no... Me independice totalmente, deje todo eso porque no me gusta, tenes que estar así muy perseguido, muy atento a todo y no, yo quiero vivir tranquilo...(Varón, 19 años, Noroeste).

No, porque no me meto, no me meto con nadie y tampoco nadie se mete. No, no porque esquivo a la gente, veo en lo que anda entonces le esquivo, que hagan la de ellos y yo hago la mía. (Varón, 29 años, Suroeste).

Yo no me meto, yo los dejo, porque también hay bronca entre todos. Está todo mal y ellos le dan para adelante. Yo no me meto. Yo me cuido yo mismo para que no me pase nada a mí. (Varón 28 años, Suroeste).

En segundo lugar, nos importa dar cuenta de una serie de respuestas que dieron lugar a interpretar diferentes lógicas de protección aportada por los/as jóvenes en un accionar que parece desplazarse de manera paralela cuando no, por un carril único, ante la inacción policial. Tanto por su mera presencia, como por acciones positivas y muy concretas llevadas adelante ante distintas situaciones de robos o venta de droga en el barrio, la figura de estos jóvenes aparece en muchas de sus voces como una referencia de “cuidado” hacia el barrio. Desde luego, no se trata de proponer una lectura que soslaye la existencia de ciertas estrategias juveniles ilegales pero donde se hace fundamental comprender por un lado, la necesidad de su vinculación con circuitos ilegales controlados por adultos/as (Tonkonoff, 2012) y también, la existencia de límites de carácter territorial para la realización de tales acciones y prácticas. En tal sentido, algunos/as jóvenes nos decían al respecto:

No, ningún problema por ahora no. Ah sí porque me ha pasado un par de veces, porque siempre cuando roban ahí en el barrio, siempre roban cuando no estamos nosotros y ahí cuando no estamos nosotros ya nos echan la culpa a nosotros y como no somos nosotros ya tenemos que empezar a movernos para ver quién fue y empezar a recuperar las cosas del barrio. Nosotros andamos robando sí, pero andamos robando lejos, en el barrio no se toca nada. En mi barrio capaz que en otro barrio puede ser el mismo código, pero nosotros nos vamos a robar allá para el lado del centro... (Varón, 22 años, Suroeste).

Los pibes cuidan el barrio. En el barrio no se roba ni nada de eso. (Varón, 18 años, Noroeste).

El chico de al lado se droga con los chicos de la esquina, pero ellos no faltan el respeto a nadie ni nada. Es más, cuando uno los ve en la esquina, es como que va entrando al barrio y se sienta seguro con ellos ahí [risas]. (Mujer, 23 años, Noroeste).

El problema principal son los tiros, más que los robos y todo eso. En el barrio nadie roba, porque nosotros cuidamos el barrio. Nosotros y la gente que está ahí, los mismos vecinos. (Varón, 25 años, Suroeste).

De los pibes ya no vende ninguno. No dejamos más que vendan ahí. Vendían en la esquina del barrio de nosotros y les robamos todo. Lo hicimos verga, porque no nos querían dar nada. Eran de otro barrio y querían venir a vender acá. Compraron una casita y vendían droga nomás. Le tumbamos toda la casa. Ibas, te faltaba un peso, y no te querían vender. Están re locos. Esos eran de Nuevo Horizonte. (Varón, 23 años, Noroeste).

En este último apartado, procuramos señalar como además de complejizar la violencia policial desde sus magnitudes más extremas hacía sus prácticas cuyos efectos son principalmente subjetivos y emocionales, vale la atención destacar otras violencias que hacen a la cotidianeidad de muchos/as de los/as jóvenes de los barrios marginalizados. En los últimos fragmentos de este trabajo, intentamos dar cuenta, sin adentrarnos en relatos de carácter más letales, como la policía aparece como un actor más entre múltiples relaciones entre pares que son experimentadas como amenazas a la seguridad de estos/as jóvenes.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo, intentamos dar cuenta de la cotidianeidad que ronda las relaciones entre los/as jóvenes y la policía. Se trata de encuentros motivados e iniciados casi en su totalidad por los/as oficiales de policía y su frecuencia es tal que adquiere un aire de familiaridad recíproca sobre el cual se consolidan repertorios de acción también mutuos y relacionales.

En segundo lugar, que esa cotidianeidad banaliza la violencia, la vuelve esperable y habitual, probable y resignada. Esto estabiliza la expectativa de que ocurra, naturalizando ese vínculo.

En tercer lugar, que las respuestas pueden ser el hartazgo y el jetoneo o pararse de palabra, pero también sorprender a la policía recurriendo a un plus de respeto, como el uso de usted y la exposición de prerrogativas del buen trato con el objeto de reducir los niveles de hostilidad.

Por otro lado, que el mundo del trabajo ya de por sí de difícil acceso encuentra en las detenciones policiales una nueva barrera que, aún en el caso de ser mediada y comprendida por los/as patrones/as, profundiza las condiciones de desigualdad persistente.

Finalmente, que los y las policías son actores de un entramado relacional con las juventudes donde se ponen en juego mediciones de respeto y hacen pie también, diversas características del mundo policial y sus configuraciones. Pero también, que los y las jóvenes se relacionan con otras violencias donde las policías figuran como actores secundarios, pocas veces para acompañar a su protección o ayuda.

Estas son algunas conclusiones provisorias para pensar la particularidad de las interacciones entre jóvenes participantes del P.N.O y la policía provincial a partir de las cuales continuar trabajando para una mayor profundización de análisis y la generación de nuevas preguntas.

Bibliografía

Cozzi, E., Font, E. y Mistura, M. (2014). “Desprotegidos y sobrecriminalizados. Interacciones entre jóvenes de sectores populares, policía provincial y una fuerza de seguridad nacional en un barrio de la ciudad de Rosario”, *Revista Derechos Humanos*, III (8), 3-30.

Garriga Zucal, J. (2012). “UN TÉ PARA PIRELLI” Los sentidos de la violencia para la policía de la provincia de Buenos Aires. *Question*, 1(33), 1-13.

Garriga Zucal, J. (2014). “Por el pancho y la coca”. Apuntes sobre las representaciones del trabajo entre los policías de la provincia de Buenos Aires. *Papeles de trabajo*, 8(13), 34-53.

Garriga Zucal, J. (2015). *El inadmisble encanto de la violencia. Policías y “barras” en una comparación antropológica*. Buenos Aires: Cazador De Tormentas Libros.

Garriga Zucal, J. (2016). *El verdadero policía y sus sinsabores. Esbozos para una interpretación de la violencia policial*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.

Ghiberto, L. y Puyol, M. V. (2019) La violencia policial en lo cotidiano. Exploraciones criminológicas sobre jóvenes y fuerzas de seguridad en la ciudad de Santa Fe. +E: Revista de Extensión Universitaria, 9(11), 215-244.

Gonzalez, G. (2012). Mapeando el trabajo policial. La in/experiencia en el “oficio” como variable de diferenciación. *Revista Delito y Sociedad*, 32, 53-85.

Jobard, F. (2011). *Abusos policiales. La fuerza pública y sus usos*. Buenos Aires: Prometeo.

Kessler, G. y Dimarco, S. (2013) Jóvenes, policía y estigmatización territorial en la periferia de Buenos Aires. *Espacio Abierto Cuaderno Venezolano de Sociología*, 22(2), 221-243.

Montero, A. (2010). Niñez, exclusión social y “propiedad policial” en la ciudad de Santa Fe. *Delito y Sociedad*, 2(30), 33-54.

Passarelli, A. (2020) Ser policía de la Local: entre la responsabilidad y la juventud. En Rodríguez Alzueta, E. (Comp.) *Yuta. El verdugueo policial desde la perspectiva juvenil*. La Plata: MALISIA.

Pita, M. V. (2010) *Formas de morir y formas de vivir. El activismo contra la violencia policial*. Buenos Aires: Editores del Puerto.

Rodríguez Alzueta, E. (Comp.) *Yuta. El verdugueo policial desde la perspectiva juvenil*. La Plata: MALISIA.

Sozzo, M. (Dir.), Rabuffetti, A., Toller, Y. y Saba, J. (2019) Informe: *Nueva Oportunidad: dinámicas y efectos. Las voces de las y los jóvenes de la ciudad de Santa Fe*. Asociación Pensamiento Penal y Programa Delito y Sociedad de la Universidad Nacional del Litoral.

Sozzo, M., Montero, A., Puyol, M., & Bulgarella, E. (2020). Contactos entre policía y ciudadanía. Tipos, distribución social y valoraciones específicas y generales. *Delito Y Sociedad*, 29(50), 1-59.

Tonkonoff, S. (2012). Juventud, Exclusión y Delito. Notas para la reconstrucción de un problema. Jóvenes y legalidad. Reconfiguración en el Abordaje de la Conflictividad Penal Juvenil. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

Tonkonoff, S. (2018) [2007]. Tres movimientos para explicar por qué los Pibes Chorros visten ropas deportivas. *Cuestiones Criminales*, 1(1), 136-143.

Ugolini, A. (2009) 'La policía no es una fábrica': Usos y representaciones del tiempo en la configuración del oficio policial [en línea]. Tesis de licenciatura en Sociología, UNLP - FAHCE. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.522/te.522.pdf>

Vallone, F. P. y Quiroga, P. (2020). El acoso policial a las jóvenes mujeres: la sexualización del hostigamiento. En Rodríguez Alzueta, E. (Comp.) *Yuta. El verdugueo policial desde la perspectiva juvenil*. La Plata: MALISIA.